

El puente de los cerezos

Blanca Álvarez

ANAYA



«En verdad hay mucha gente que lee solo para no pensar»
(Georg Christoph LICHTENBERG)

El puente de los cerezos

1.ª edición: noviembre 2003

5.ª edición: junio 2012

© Del texto: Blanca Álvarez, 2003
© De las ilustraciones: Federico Delicado, 2003
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2003
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-3140-5
Depósito legal: M-19947-2012
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El puente de los cerezos

Blanca Álvarez

Ilustración:
Federico Delicado

ANAYA

Índice

1.	11
2.	23
3.	33
4.	45
5.	49
6.	61
7.	65
8.	79
9.	91
10.	109
11.	111
12.	121
13.	139
14.	151
15.	155

*Para Iria, por su música,
por todo.*

El hallazgo de una recopilación de manuscritos escritos, en una escritura desconocida llamada nüshu, por las mujeres para sus hermanas juramentadas, en un área aislada de la China rural, es uno de los descubrimientos más intrigantes en el campo de la cultura popular china.

La comunidad de mujeres de la provincia de Yu-Nan, en su determinación por tener un código de comunicación como su coto único, inventaron un lenguaje que fue llamado «escritura de las mujeres» (nüshu), a diferencia de la escritura de carácter chino denominada «escritura de los hombres». De este modo, las mujeres, obligadas a ser analfabetas, registraron, siempre en verso, sus historias, correspondencia privada y reflexiones sobre el mundo.

Obligadas al aislamiento en los hogares y a seguir al marido, un desconocido hasta el día de la boda, separándolas de cualquier contacto con sus anteriores familiares y amigas, construyeron sus propias redes de apoyo, conocidas como «Hermandades Juradas», o redes afectivas, que no estaban vinculadas a la sangre y que, generalmente, resultaban mucho más fuertes que la relación con sus propias familias.

1

Bei-Fang se niega a contemplar el paisaje; las pupilas se han vuelto de arena a causa del llanto incansable de las últimas noches. Tan solo el rostro de Sijie cubre sus pensamientos. ¿Acaso cree su padre que olvidará sus promesas al estudiante por unos meses de separación? Superarán la prueba; «si después decides que es el amor de tu vida, contarás con mi bendición», recuerda perfectamente las palabras del padre y le hará cumplir con ellas cuando regrese de aquel apartado lugar del mundo. Nada la vincula con la remota aldea, ni con unos desconocidos familiares, tampoco con el pasado familiar que en absoluto le importa. Para ella cuenta el presente y el futuro; ambos tienen un nombre: Sijie.

Acaba de cumplir los diecisiete, a esa edad, el mundo resulta un lugar irritante donde padres, profesores y viejos en general, cargan con pesadas cadenas de respeto, pasado y tradiciones, a unos hijos impacientes para quienes cada latido del corazón se transforma en llama capaz de arrasar las prohibiciones.

—Sijie, Sijie —repite el nombre para calmarse, como alimento reparador. Con semejante conjuro soportará





la imposición paterna y regresará purificada y más fuerte a los brazos de su amante.

Atravesó China de norte a sudeste desde su amada Beijing; allí se despidió del estudiante entre juramentos de fidelidad, que la llenaron de fuerza para superar tan estúpida propuesta de alejamiento. Fue en el jardín que bordea el Templo del Sol Naciente, y aún vuelve a su pupila el rojo circular de sus paredes. Un largo viaje en tren hasta Nanjing, sin molestarse en mantener ni la menor cortesía con sus compañeros de asiento. Muda y absorta en su dolor.

Solo los más jóvenes viven la intensidad de las pasiones como si las estrenaran, como si nadie antes hubiera padecido suplicio similar.

Tampoco reparó en el bullicio de la estación de Nanjing con sus decenas de vendedores ofreciendo refrescos, bollitos de arroz, delicias de almendra... Sorda ante los reclamos, ciega para los rostros: el viaje aún no había terminado. Desde allí, primero un autobús y más tarde un carro de bueyes, al mando de un desconocido tío paterno, la llevarían hasta el remoto pueblo de Xuz-Hai.

—Tu padre ha pedido que vivas con la abuela Lin-Lin.

Gentes de escasas palabras; algo que ahora agradecía Bei-Fang-Zhi-Xing, ¡que poco tenía que ver su estado de ánimo con su nombre: Estrella del Norte! Los padres jamás logran penetrar el corazón joven de sus hijos. La muchacha se sabe princesa muda en la casa de un padre cuya única pasión consistía en escuchar a Bach una y

otra vez. Pero ella vencería, si su padre deseaba combatir, le demostraría que no sería un rival fácil; guardaría en el rincón más cálido de su interior el amor por Sijie, lo haría más fuerte y regresaría para obligarlo a cumplir la promesa de bendecir su unión.

«No respeta nada, actúa como un bárbaro pisoteando flores cuyos nombres desconoce». Retumban las palabras del padre como bofetadas capaces de cuartear el difícil hilo que aún la unía con aquel anciano macilento y triste, capaz de mostrar un vestigio de vida cuando cerraba los ojos para escuchar, una y otra vez la misma sonata. La vieja lástima por el padre viudo se transformó en odio cuando él osó pronunciar semejante sentencia.

Si al menos hubiera contado con el apoyo de su madre. La extrañó de niña, pero su orfandad había crecido en los últimos tiempos cuando su padre, sombra y silencio, llenaba las paredes de la casa con ausencias.

A Sijie no le interesaba nada del pasado porque nada bueno les había legado: «regresaremos al tiempo de los mandarines y los dioses caducos», aducía el muchacho, las escasas veces que Bei-Fang reclamaba una prueba de cortesía para con el padre, algo que aliviase aquella tensión cuyo nudo era ella misma, «se trata de que finjas durante el tiempo de una comida, solo eso». Sijie se mostró aún más inflexible que su propio padre. La muchacha quería ver en su tozudez una muestra de personalidad y firmeza, sin conceder un resquicio a las dudas que, rara vez, asaltaban su fe inquebrantable en el estudiante.

Sijie era la llave de su torre, el rostro de un futuro diferente, donde no tendrían cabida los fantasmas que atormentaban su casa.

Bei-Fang no logró entusiasmarse con las extensiones inmensas de arrozales. Siempre había vivido en Beijing, era una chica de asfalto que pronto ingresaría en la facultad para convertirse en ingeniera informática. ¡Qué atrasadas aquellas gentes que, a buen seguro, ni siquiera tenían un solo ordenador en el pueblo!

¿Qué absurdo convencimiento llenaba el ánimo de su padre para enviarla a semejante lugar? Acaso en su locura silenciosa, tejiera el deseo de que una vieja leyenda la transformaría; como al grano de arena cautivo en la ostra, abocado a convertirse en hermosísima perla.

—Sijie, Sijie —murmuró tal que un conjuro.

Si no fuera porque todos los niños asistían de manera obligatoria a la escuela, podría decirse que nada, ni siquiera el aire, había variado en varios siglos. La sorprendió primero el silencio, roto por sonidos difíciles de identificar para ella, como el canto de las ranas en las charcas, los bramidos de los bueyes, la llamada del gong que marcaba las horas y las actividades de la comunidad. Su viaje no solo había sido en kilómetros; la habían abandonado en un tiempo remoto y carecía de claves para entenderlo.

Bei-Fang, como harían las princesas en cuyas leyendas no creía, inclinó el rostro oficiando su dolor al amor del estudiante.

Primero fue presentada a toda la larga lista de parentela, quienes la homenajearon con una cena. Ni uno solo

de los nombres de tías, tíos, primos y primas retuvo en su memoria. Estaba dispuesta a no dejarse contaminar por aquel mundo tan diferente al suyo, tan incomprendible. Mantuvo la sonrisa y la cortesía, por no agraviar al padre a través del desagrado familiar, y atribuyeron al cansancio su escasez de palabras.

—Y ahora te llevaremos a casa de la abuela Lin-Lin —dijo su prima An-Mei, una adolescente que podría ser bonita si estuviera bien vestida y arreglada.

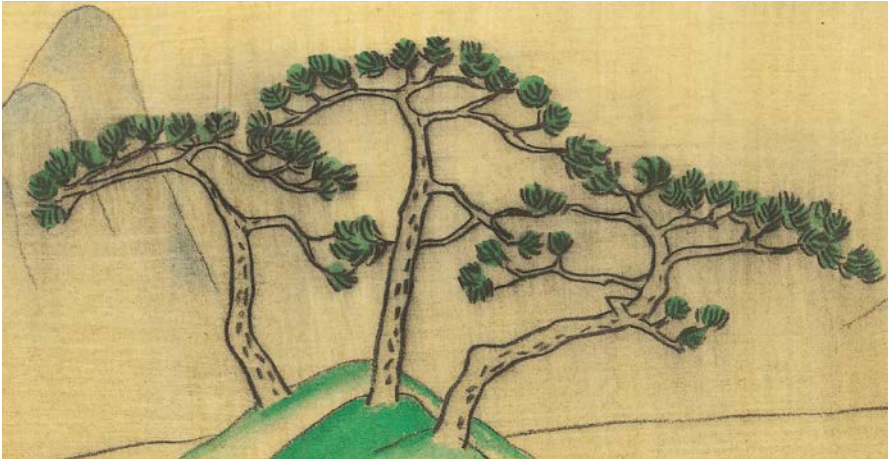
—¿Vive sola?

—Según su voluntad —repuso An-Mei, sin perder su sonrisa ni el excesivo color de sus mejillas.

Hizo las despedidas, miembro a miembro, asumiendo la frase amable de cada uno, el consejo o el recuerdo de lo mucho que se parecía a una difunta antepasada cuyo nombre era idéntico al suyo. Sin borrar la sonrisa cortés de su rostro, salió a la noche en compañía de su prima.

—¿No te aburres aquí? —preguntó Bei-Fang.

—¡Con todo el trabajo que tenemos! Imposible. No tenemos tiempo para el aburrimiento —Bei-Fang se mordió el labio, arrepentida de la pregunta impertinente, pero su prima soltó una carcajada casi silenciosa antes de continuar—: puede que a ti te lo parezca, vienes de otro mundo, pero sabemos divertirnos. Todos los meses procuramos ir a Nanjing, yo aprovecho para traer libros de la biblioteca, mi hermana partituras para su violín... Y aquí tenemos algunas fiestas, o nos reunimos al final de la tarde para charlar los amigos, mientras terminamos algunas faenas.



Al parecer, la afición de su padre por la música mantenía una cierta tradición familiar.

—¿Tienes novio? —la chica de ciudad buscaba alguna complicidad con aquella prima desconocida.

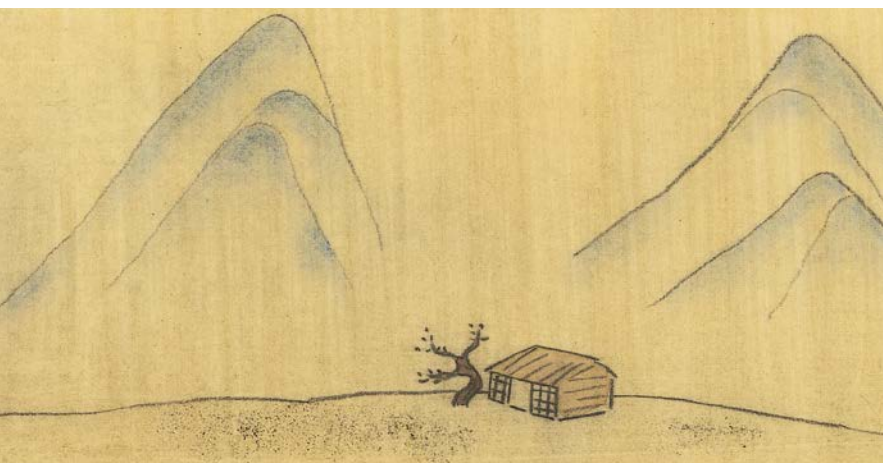
—Aún no —y volvió a reír, pero no cometió la indiscreción de recordarle que la causa de su estancia en aquel remoto pueblo tenía que ver con una relación inconveniente, o al menos no admitida por su padre—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Como yo.

Bei-Fang pensó que poco más podría tener en común con An-Mei. El tiempo le enseñaría a desconfiar de las apariencias.

—Hemos llegado. No la juzgues por la primera impresión que te cause —Bei-Fang se sintió descubierta—, Baba —también la sorprendió el diminutivo cari-



ñoso empleado por su prima—, puede parecer un tronco impenetrable, pero si logras arañar su corteza, descubrirás un caudal de miel en sus palabras. Conoce las más bellas e inquietantes historias que jamás hayas escuchado.

Justamente aquello que más detestaba la chica: las paparruchas con moralina relatadas a los niños para lograr de ellos un determinado comportamiento. Su padre se había equivocado si la suponía tan ingenua como para dejarse embaucar por una abuela desconocida. Soportaría el aburrimiento de leyendas estúpidas; donde los dragones raptan a las princesas hasta que apuestos guerreros las rescatan. Bei-Fang ya había depositado su amor en el estudiante; no deseaba curtidos héroes con kanato y sudor de caballo.

Al final del pueblo, en una casita pequeña y más humilde que la de su parentela, vivía un personaje a quien

no había visto jamás. Sin embargo, una cosa le llamó la atención: a la entrada de la casa un hermoso y viejísimo cerezo lucía como un joya impensable para tanta pobreza.

—¡Abuela, soy An-Mei, vengo con tu nieta de la ciudad!

Al parecer, solo su padre había decidido abandonar aquel pueblo. En eso debía estarle agradecida.

Su prima hizo una pequeña reverencia; se arrodilló ante una anciana con edad imposible de precisar, y, luego, besó aquellas mejillas tan surcadas de arrugas que semejaban el tronco de un árbol viejo. La recién llegada no imaginó que tras aquella rudeza pudiera esconderse una simple gota de miel.

—La pequeña Bei-Fang-Zhi-Xing.

Le resultó extraña la voz cristalina y quebrada de su abuela y también que la llamara por su nombre completo. Todos la llamaban Bei-Fang, tan solo su padre, en contadas ocasiones, lo utilizaba en su totalidad. Y no le resultaba muy atractivo.

—Eres tan bonita como Ella.

Pero no le explicó quién era Ella, aunque supuso que sería la misma con quien tenía tanto parecido según sus tíos. An-Mei se despidió de inmediato, tras preguntar si necesitaba alguna ayuda para acomodarse:

—He traído poco equipaje —dijo Bei-Fang, tal vez para tratar de dejar claro su desagrado por aquella estancia obligada en un pueblo remoto y con unos parientes que no había visto en toda su vida.

—Ya sabes dónde puedes encontrarme —se despidió An-Mei con un beso casi furtivo, como avergonzado.

Después de la marcha de su prima, permaneció sentada frente a la anciana. Constató con desagrado cómo la anciana masticaba algo con la boca ligeramente abierta. El cansancio del largo viaje llegó en un segundo, y sintió todo su cuerpo pesado como plomo.

—Tu cama está preparada. Mañana nos ocuparemos de acomodar tus cosas —la voz, tan limpia y perfecta en sus tonos como un finísimo instrumento, continuaba sin cuadrar con el deterioro de su cuerpo.

Su cama era un simple catre cercano al fogón. Todo se concentraba en un cuadrado simple que hacía las veces de cocina, comedor y dormitorio. Dividía el cuarto, que compartiría con la anciana, un biombo con hermosos dibujos de cometas pintadas con maravillosos colores luminosos; el único objeto admirable, y resultaba tan impropio en aquel lugar como la voz cantarina de la abuela. Sonrió, recordando uno de los escasos cuentos de su infancia, donde una reina poderosísima había decidido ocultarse de los males de la corte en una humilde cabaña, aunque fue descubierta por no lograr apartarse de una de sus más queridas joyas.

No tuvo tiempo para pensar en mucho más, cayó rendida sobre el catre sin tiempo para sentirse desgraciada. Ni siquiera encontró fuerzas para recordar la sonrisa de Sijie y sus promesas de amor eterno.

El amor siempre es eterno cuando se tienen diecisiete años.